

LOS PASOS DEL FOLKLORE COLOMBIANO

Escribe: MANUEL ZAPATA OLIVELLA

ALABADOS Y LUMBALUES

Los cantos religiosos de los negros son característicos en su continente de origen, como en todos aquellos lugares a donde los condujo la expansión de la esclavitud. En las regiones de Colombia en las que se hizo presente el negro, surgieron cantos religiosos, unos en vías de desaparición hoy día, y otros, puros o sincretizados con los cantos gregorianos. En el Chocó reciben los nombres de Alabados y Romances y constituyen el más rico filón de nuestro folklore, pero se les encuentra también en el litoral Atlántico.

Los negros de Palenque, cerca de Cartagena, los cantan en ceremonias funerales de niños y adultos con el nombre africanísimo de "Lumbalú", cuyas letras tienen vocablos y cadencias de genuina raíz africana. Los negros mineros de Uré, también en Bolívar, en las cercanías de Antioquia, conservan para sus letanías el nombre de Trisagios y tanto su letra como su música, se atienen a la más estricta norma de los cantos gregorianos. En todo el litoral Pacífico se les oye como práctica insustituible de entierros y velorios, recibiendo diversos nombres según la región. En el Valle, Cauca y Nariño, se las denomina Loas. En las islas de San Andrés y Providencia, influidas por el protestantismo británico, los cantos negros tienen más similitud con los spirituals norteamericanos, que con los Lumbalúes de los palenqueros o los Alabados.

Las vicisitudes de estos cantos africanos en Colombia, como en otras partes del mundo, las determina su lucha por sobrevivir a las influencias religiosas extrañas. Se recuerda que el apóstol de los negros, San Pedro Claver, a la par que curaba las heridas de los esclavos, luchaba denodadamente contra la costumbre "pagana" de los "lloros" a que eran muy adictos. El celo puesto por el santo y la Iglesia, logró con el tiempo desterrarlos de Cartagena y alrededores, superviviendo tan solo en Palenque, cuyos moradores aislados del comercio y del tutelaje de los religiosos, conservaron sus cantos tradicionales africanos. No sucedió así con los mineros de Uré, que sometidos a la severa mirada de los misioneros, muy pronto olvidaron los "lloros" de sus mayores y se acogieron al ceremonial litúrgico católico.

Curso diferente siguió la sincretización en el Chocó. Precisamente allí llegaron las primeras misiones de Franciscanos a la América, a principios del Siglo XVI, y es de presumir que al lado de los conquistadores y mineros, estos catequizaban indios y negros. Los Alabados demuestran tener tres raíces muy claras: la música cuya estructura sigue los delimitamientos gregorianos; la letra inspirada en romances y coplas hispanos, y en el sentimiento negro, unas veces manifiesto en la calidad de las voces, en el lamento, y otras, en la libérrima creación popular de sus cuartetos o décimas. Todo hace pensar que la influencia ejercida en un comienzo por los misioneros, dejó de operar en el medio selvático y de los ríos, permitiendo que las comunidades negras, aisladas y libres de la coyunda religiosa, tomaran su propia conformación.

Hay una franca división entre Alabados y Romances. Los primeros se inspiran siempre en temas religiosos, bíblicos, evangélicos, en la vida de algún santo patrón de pueblo; en la muerte o ceremonias funerales. Los Romances, como su nombre lo indica, pueden referirse a un auténtico romance castellano, como sucede en el de "Catalina"; a una anécdota regional; a un episodio satírico o expresar conceptos sobre la raza, el amor, el paisaje, los ríos o el destino.

Fuera de tal distinción temática, tanto los Alabados como los Romances se cantan en los velorios, ante el cadáver, o en las nueve noches que siguen a su entierro. Donde no hay sacerdotes, estos cantos adquieren un carácter litúrgico en la celebración de procesiones o entierros, cantándose por las calles y cementerios.

Cuando el muerto es un "angelito", un niño recién nacido o de pocos años de edad, hay una variedad en los cantos. Se entonan sonatinas infantiles, siempre en coro, como si se quisiera invitar al muerto a la última ronda infantil. No obstante su carácter, son coreados por adultos, quienes cantan mientras suelen entregarse a juegos de niños. Al ceremonial de velación del "angelito" se le denomina Güalí. Frecuentemente el viajero que navega los ríos chocoanos, sorprende un Güalí, agua abajo, que desciende en busca del cementerio alejado de la población o por el traslado del difunto de un pueblo a otro para darle sepultura al lado de los restos de los mayores.

Alabados, Romances y Güalíes, como los cantos religiosos africanos y gregorianos de que toman origen, tienen formas corales. Una o dos veces hacen el primo; o el coro repite los últimos dos versos del cuarteto o de la décima, con voces graves y cadenciosas matizadas por el dolor y la emoción.